

Víctor Valembois

La búsqueda humanística en siete círculos concéntricos (Constantino Láscaris, por dentro)

*A Carlos Villalobos Valverde, dilecto colega, otro destacado
Profesor de Filosofía, fallecido igual, prematuramente, y cuya
memoria también perdurará.*

Víctor Valembois

Summary: *With the purpose of surpassing a purely biographical and anecdotal approximation, the author analyzes the texts and circumstances of Constantino Láscaris' life. He bases his analysis on seven concentric circles, which span between the costarrican locale to the occidental view. This results in a picture of a profoundly humanist and universal man.*

Resumen: *Con miras a superar la aproximación meramente biográfica y anecdótica, tan de moda en general y de particular vivencia en relación con la persona en cuestión, el autor analiza las circunstancias y los textos de Constantino Láscaris en torno a siete círculos concéntricos que no se excluyen sino se complementan, desde su fuero interno hasta el hombre universal que fue, casualmente con los pies en tierra costarricense.*

1. Más allá de la figura estrafalaria

Pocos académicos nuestros despertaban espontáneamente una ola de simpatía (y también algún odio envidioso) como Constantino Láscaris Comneno. En un mundo tan condicionado por la imagen, no es precisamente su atractivo físico

el que influenció en este resultado. Aunque mucha gente guarda de él un recuerdo entrañable por sus intervenciones televisivas, definitivamente su "encanto" no estaba en lo visual, sino en su presencia, hasta anti-estética, si me permiten. Vivió siempre consciente de no ser un Apolo, de no ser tampoco un hombre fuerte, tan diminuto y enclenque como era.¹ Por lo demás, su aspecto le tenía sin cuidado, cada vez más, hasta dejar para siempre una proyección mental de sí mismo entre bonachón y bohemio. Su figura, por deformación profesional, la relaciono con más de un personaje valleinclanesco.²

Lo que impactaba en Láscaris era su desbordante personalidad, con una fuerza venida desde dentro. No era de los que confunden el ser con el parecer. Bajo el calculado riesgo entonces de colaborar en una visión farandulesca, evoco de entrada, brevemente, dos vivencias personales con él. Más que de cuerpo entero, si me permiten la expresión, lo retratan de alma entera. Cuando la librería en la planta baja de la Escuela de Estudios Generales todavía era digna de este nombre, me encontraba yo hojeando unos volúmenes, sigilosamente se me acerca por detrás —le encantaba el recurso teatral— y me regaña: "¡No lea libros, es peor que el fumado, no se le quita el vicio a nadie!", dicho eso por supuesto con un "Ticos" pegado, no sé cómo al labio inferior y

siendo el insaciable lector que fue. También lo veo —lo necesito— todavía en la Soda Guevara, al lado del Campus de la Universidad de Costa Rica,³ tomando café, otro excesivo hábito que lo llevaría a la tumba, y con aires de querer dar una de sus consabidas clases peripatéticas. Coincidiendo un momento solos, a sabiendas de que yo era crítico de teatro en *La República*, me ofreció presentarme en *La Nación*.⁴ Gesto generoso del incólume liberal para alguien que, él no lo ignoraba, no participaba del mismo credo.

2. Prolegómenos a una demostración de tesis

Quiero rendir homenaje a esta personalidad profunda. Si otros subrayarán el carácter eminentemente local y anecdótico del personaje, pretendo en adelante contribuir a iluminar otro aspecto igualmente válido sino más: don Constantino fue un gran costarricense a quien tarde, pero con justa razón, se le acaba de otorgar el Benemeritazgo de la Patria. El fue también, por así decirlo, el mismo Voltaire redivivo en el trópico, un europeo hasta la médula, con todas las facetas mediterráneas y transpirenáticas del caso. Resultó ser, en suma, no teológica sino filosófica y existencialmente, un hombre de mundo, que no mundano, hasta cristalizar a su manera la vivencia del ser humano, universal por excelencia. Si Láscaris no era de ningún modo un apátrida, tampoco se consideraba propiedad de ninguna nacionalidad en particular, siendo que se acomodaba con todas las que convivió. Era ciudadano del mundo.

A partir principalmente de fuentes redactadas por el mismo Láscaris, tanto en Costa Rica como antes, no veo en él una teoría de la nacionalidad como si se ubica fácilmente en ensayos de sus discípulos. Allí están por ejemplo Arnoldo Mora (ver: *La identidad nacional en la filosofía costarricense*) y Jaime González Dobles (ver: *La patria del tico*). El maestro escribió un largo ensayo⁵ titulado “elogio del nacionalismo”. Se trata de una reflexión histórica y práctica, en forma de apología de Chipre, a nivel colectivo y en su dirigente Makarios. La isla en cuestión se hizo una nación mediante su secular

lucha contra el invasor turco, pero también por unos valores vividos en conjunto. Se deducen de ello algunos hilos del ansiado corpus teórico. Señala don Constantino:

Los ideales de un pueblo encarnan la aspiración colectiva a una determinada forma de convivencia; (...) Cuando un pueblo renuncia a esos ideales, deja de ser un pueblo, para retornar al nivel de la tribu; cuando los formula con claridad y los realiza, constituye la historia de la humanidad. (p. 130)

En la cita, más que una seca definición de nacionalidad, por lo fronterizo inmediato con otro pueblo, Láscaris típicamente observa una aplicación concreta y local de lo que busca la humanidad entera. De allí que es lícito ver cómo esta postura la aplica poco después al conglomerado humano “tico” que el azar y la necesidad le asignaron.⁶

Aplicando esta percepción colectiva a su caso particular, vemos que el profesor no vive de proclamas retóricas de nacionalismo, sino que para él ello implica lo que en francés se expresa tan plásticamente con un “chez soi”, el sentirse a gusto, no en una entidad abstracta, sino en un terruño que le toca por circunstancia vital. Según la tesis que se va a demostrar a continuación, el pensador se sintió muy “en casa” en Costa Rica, pero su cabeza almacenaba una estructuración universal. El fue la personificación de un humanismo sin superficiales etiquetas nacionales.

Por lo demás, que me perdonen los entendidos. No soy docente de filosofía y mi atrevimiento con la descripción intelectual del colega sólo brota de la admiración y a partir de cierta nostalgia, de un hacer falta. No cultivaba don Constantino una imagen de seriedad, como don Cristian Rodríguez, ni tenía aspecto distanciante u autoritario, como su colega Teodoro Olarte. Este triunvirato, con un fuerte sesgo hispano (más allá de la nacionalidad *strictu sensu*), tenía en común el haber logrado dar una aureola de prestigio a la naciente Escuela de Estudios Generales, en la Universidad de Costa Rica, por sus clases, sus conferencias, etc. Urge rescatar esta imagen y lo que escribo pretende contribuir a ello.

3. Láscaris en siete círculos concéntricos

Tanto lo producido por Láscaris para el aula, como lo que publicó por diversos medios tenía un neto propósito de situar a su público (lector u oyente) en sus coordenadas locales e inmediatas. Pero al mismo tiempo le recordaba que el hombre no es un ser aislado, sino producto de una especie con extensiones verticales y horizontales. El primer eje se refiere a lo histórico, el segundo a nuestra planetariedad.

Quiero desarrollar aquello bajo el enfoque de siete círculos concéntricos, a la manera de un árbol robusto —y el profesor era como un secoya, no por su altura física sino por destacar entre los otros—. No voy a retomar la idea de la edad que se deduce a partir de la cantidad de anillos en un tronco, que al excelso docente aquello del calendario no le preocupaba demasiado.⁷ Más bien interesa el paralelo en que la capa externa se basa y presupone las más interiores. Como con el tronco, su “yo” central sería un reduccionismo caricaturesco si no supusiera el resto. El núcleo “conciencia de identidad de Constantino Láscaris Comneno” fue creciendo. Se fue enriqueciendo con los otras esferas. Por comodidad los reduzco aquí a siete en total. No hay ningún símbolo masónico detrás de la cifra. Y los círculos no tienen nada “caucasiano” de Brecht. La metáfora de aquí se inspira un tanto en los “círculos de convivencia” del gran Dante. Por lo demás, en términos didácticos ubico siete áreas de interés humanístico con cierta relevancia en lo personal y nacional.

3.1 Un costarricense más, pero por conveniencia

Nadie discutirá que don Constantino fue un gran ciudadano de este país. La consagración al respecto está en que ocupa con sobrada justificación un lugar en la galería de Beneméritos en la Asamblea. Otros abordarán con más propiedad esta característica. Por mi parte, quisiera ahondar en que, nada más bajado del avión, se incorpora en su nuevo habitat... y, como corresponde a todo profesor, se entrega de lleno a la docencia, la

investigación y la extensión. Con el correr de los años, señala, “me di cuenta de que incluso a mí se me olvidaba que era extranjero (...) solicité llegar a ser costarricense”.⁸ Indudablemente se denota cariño en mucho de lo escrito sobre su nueva circunstancia.

Ahora bien, no cabe en él ni rencor respecto de la Madre Patria ni adopta tampoco la mentalidad del converso, por lo general un tanto extremo en la alabanza de su nuevo credo. Pasados tantos años de febril actividad e inserción vital, no se vuelve chauvinista. En *Cien casos perdidos*⁹ aclara que no se habría hecho “tico” de no mediar la ventajosa situación de la doble nacionalidad, guardando entonces el pasaporte español. Señala que “por decisión libre de mi voluntad” (*El costarricense*, p. 8), optó por el cambio. Lo hizo entonces no tanto por ser un nicoyano o guanacasteco “por su voluntad”, renunciando a algo anterior, sin perder nada, por simple comodidad, razonamiento práctico y hasta economía, porque no le sobraban los recursos.¹⁰ Además, al mero principio del libro que lleva el gentilicio de su nuevo hogar colectivo, recalca su voluntad de seguir siendo objetivo: “ni quiero halagar a los costarricenses, ni deseo que se me molesten todos” (*idem*, p. 7).

Entre el 1 de julio de 1956, fecha de su llegada, y julio de 1979, su partida definitiva hacia otra morada, caben casi cinco lustros de intenso vivir y convivir con lo tico. Pero mantendría, inevitablemente no sólo el acento, sino la mirada del forastero (el *Verfremdungseffekt* estético de Brecht):

...el ser extranjero educado en otro país hasta la edad adulta, me ha dado ventaja para esto [se refiere a ver lo tico], sobre los costarricenses de nacimiento y educación, pues me ha dado perspectiva para poder apreciar lo cotidiano. (...) *Para ver, es necesario extrañarse.* (*El costarricense*, p. 10; subrayado nuestro.)

No cometamos entonces el error de darle mayor relieve, de adscripción a un modo de pensar del tico,¹¹ a una simple elección pragmática de papeles, llámense “de identidad” por parte de Láscaris. La identidad profunda no se define por el pasaporte. El citado Jaime González¹² reflexionó

hondamente sobre la problemática teórica en el tapete y propone una sugestiva diferenciación entre la doble nacionalidad (caso de Láscaris) y la doble patria (“presente en aquellos que por razones de intereses particulares, cambian de nacionalidad”), pero bajo esta definición no hay aplicación en el caso Láscaris.

3.2 Un aragonés defiende la apertura a América Central

Cinco años después de llegado a Costa Rica, el profesor acomete la osadía de publicar un libro que después sería un clásico y alcanzaría tres ediciones. Es su *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*. Mucho menos conocida resulta su trayectoria de reflexión centroamericanista. Consta de dos trabajos importantes: la *Historia de las ideas en Centro América*¹³ y su continuación, *Las ideas en Centro América (1938-1970)*.¹⁴ Si los menciono aquí es porque la misma labor que se ensalza tanto respecto del gran aragonés compilador del pensamiento y del vivir costarricense, en realidad la tenía en relación con todo el ámbito ístmico, incluyendo Panamá, en la denominación más moderna de América Central.

Leyendo con cuidado lo que escribió de este lado del Atlántico, si se puede perfilar una actitud de apertura y de simpatía (en el sentido original de la palabra, es decir sufriendo con alguien) respecto de los otros centroamericanos. Así por ejemplo, en su ensayo sobre “El humanismo liberal”¹⁵ salen a lucir perspicaces reflexiones sobre este movimiento intelectual en la vecina Nicaragua, en tiempo de José Santos Zelaya, entre otros. Hermosa es, en esta conferencia, su apreciación de la gente nicaragüense y fina su visión de su poeta Darío.¹⁶ Envidiables resultan su interés y conocimiento de pensadores como Cañas (en El Salvador); Irisarri, Molina, Peinado, Bergaño y Larrázabal (de Guatemala); del Valle, Lindo y Herrera (en Honduras); Osejo y Argüello (en Nicaragua); Espinar, Arosemena y de la Guardia (para Panamá). Frente a tal cúmulo de sapiente recopilación meticulosa, fuerza es constatar que poco se sabe y se aprecia, en Costa Rica, de “nues-

tro” Láscaris en esta peculiar dimensión. También en *Cien casos perdidos*, volumen de corte periódico y dirigido a un público directamente costarricense, sorprenden como diez páginas dedicadas a aspectos de otras repúblicas en el istmo.¹⁷ Es toda una investigación por hacer. Su hipótesis sería que Láscaris no participaba para nada de la insularidad en la que suele situarse el costarricense común.¹⁸

Tengo para mí que incluso en su apreciación y amistad con costarricenses y residentes en este país, don Constantino buscaba a las personas con espíritu y andanzas más allá de este intermontano Valle Central. Sin tener pruebas tajantes a la mano al respecto, sospecho por ejemplo que su profundo aprecio por Abelardo Bonilla (lo cual lo llevaría finalmente a escribir una sensible biografía de este insigne pensador), se debe a la postura centroamericanista¹⁹ de aquel. Lo mismo, supongo, pasó con la larga amistad de Láscaris con Franco Cerutti quien, extranjero y europeo igual, tuvo largas vivencias entre otras en Guatemala y Nicaragua, antes de terminar sus días en Costa Rica.²⁰

Existen entonces pruebas fehacientes de una apertura filo-centroamericanista de parte de Láscaris. Fue fundador del Instituto de Estudios Centroamericanos y respecto de su visión integradora —o por lo menos de conocimiento y respeto mutuos— no tenía pelos en la lengua: “Las trabas que existen hoy en Centroamérica, no son políticas, no son doctrinales, no son ideológicas, son simplemente imbéciles”.²¹ “Si el Paseo Colón le parece ancho, es urgente salir” reza el dicho. Al no poder romper el cerco intermontano del Valle Central, por escasez de medios,²² el profesor leía y recopilaba a su alrededor, como una hormiguita, sin parar, precisamente también dentro de esferas de un radio cada vez mayor alrededor de su punto de partida: San José, la Universidad y su barrio de residencia. De haber tenido oportunidad de vivir más de los cincuenta y seis años que le tocaron, seguro que a la vuelta de la década habría publicado otro libro, esta vez sobre las ideas filosóficas a nivel latinoamericano. No consta sin embargo, que yo sepa, ninguna publicación, aunque sea parcial, en este sentido.

3.3 La inconfundible raíz española

Es curioso comprobar que estando en el Viejo Continente, las publicaciones de don Constantino se centran alrededor de un eje temporal, dando énfasis en recopilaciones de historia de las ideas a nivel de educación, etc. En cambio, viviendo en el Nuevo Mundo, su estructuración se orienta hacia lo espacial, viendo y curioseando alrededor suyo en círculos concéntricos, primero a nivel de su barrio, su universidad y el Valle Central, luego en el entorno costarricense total y más adelante en contexto ya directamente centroamericano. ¿La expansión territorial será parte de su herencia colectiva española?

Nuestro hombre de Zaragoza, o es parco o muy escueto en relación con sus antecedentes de por allá. Lo que interesa destacar aquí es que, entre nosotros, fue un gran continuador de Menéndez y Pelayo, su mentor.²³ Tampoco resultó por tanto filósofo original, con un sistema propio y acabado, sino historiador de la filosofía. Lo cual no quita que a partir de cuantiosos ensayos suyos, sus reseñas y, en general, su labor, se puede dilucidar una serie de coordenadas respecto de su visión del mundo, todo desde una mirada fuertemente europea y particularmente española. En confrontación de las coordenadas del tiempo y el espacio del nuevo tico se vislumbra el español, no en plan de conquistador altanero, sino con la mirada indulgente del gran Bartolomé.

La alusión no es fortuita, porque en 1965, en pleno Instituto Costarricense de Cultura Hispánica, este hispano de pura cepa que siguió siendo Láscaris, dio una memorable conferencia²⁴ sobre el Padre las Casas. Señala de entrada que “fray Bartolomé es el hombre en la Historia de la Humanidad que peor ha hablado de los españoles”. No obstante, más allá de todo burdo chauvinismo, enfoca de manera reveladora el carácter precursor del dominico en lo que se refiere al actual derecho humanitario. Su reflexión final implica sin embargo una necesaria diferenciación entre esta postura intelectual del fraile, y la del humanismo profundo que él proclama. El filósofo trata entonces esencialmente de ser justo, no sólo con su lejano compatriota, por encima de leyendas negras y rosadas, sino sobre todo con

la especie humana, que es la que le interesa, más allá de lo epidérmico. La postura del religioso del siglo XVI era más bien de un humanitarismo antropológico; la del pensador del siglo XX, de un humanismo cultural e integral. Pero al igual que su lejano precursor en la enseñanza, desde la misma Madre Patria hasta la misma Centro-América, Láscaris siguió siendo, porque simplemente no podía dejar de serlo, un español transplantado.

Lo anterior trasluce enormemente a partir de cantidad de referencias artísticas a su mundo originario, además de aflorar en el mismo idioma en que escribe, dicta clases y por ende, piensa y es, existe. Entre los elementos literarios hispanos que a cada rato, como flores silvestres, aparecen en su descripción, menciono por ejemplo el caso evidente de *El costarricense*. Este libro se encuentra salpicado de notas a pie de página, cantidad de las cuales se refieren a autores como Quedo, Calderón de la Barca y sobre todo el gran Lope de Vega. A este alude cantidad de veces en obras hasta menores, lo cual refleja el tremendo conocimiento literario que también poseía. Curiosamente, en contraste, ni la música ni la pintura le llamaban la atención.

Pero Láscaris era también un intuitivo filólogo, en parte por su formación clásica, en parte por su mismo interés investigativo. Sea directamente por medio de su biblia lingüística costarricense que es Gagini, sea de su propia cosecha, demuestra un alto grado de sensibilidad por los matices idiomáticos, las variantes regionales, la expresión florida. Ahora bien, todo aquello supone un punto de comparación. Si un principio de descripción filológica es la desviación, aquella se hace a partir de una referencia, en este caso, indudablemente, el español peninsular. De allí las suculentas observaciones del autor sobre el uso peculiar de “después”, “roco”, el consabido “chunche” (que —lo señala con cierta preocupación— no se encuentra en el Diccionario de la Academia Española que él maneja) y así con cantidad de términos y expresiones. Felizmente, en este pensador no prevalece ningún complejo de superioridad ibérica respecto del costarricense ya que encuentra que éste, sobre todo el campesino, habla mejor el idioma de Cervantes que los españoles actuales. Con todo, Láscaris recurre a la metodología

de Schulte y otros, al comprobar que el análisis del lenguaje cotidiano resulta lo más indicado para descubrir la idiosincrasia de un pueblo. De allí también sus múltiples referencias a expresiones locales, como el famoso “qué pereza”.

3.4 Nexos con lo europeo del norte (francés, belga, ...)

En *Cien casos perdidos*, nuestro benemérito señala que su vivencia común es básicamente española, pero que su formación se la debe al mundo al norte de los Pirineos: “culturalmente soy un afrancesado”, confiesa.²⁵ Siendo ya Doctor por la Universidad Complutense de Madrid y profesor destacado, por sus publicaciones y además de por su carrera misma, lo encontramos como estudiante de la Sorbona en 1949. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), de Madrid, le concedió una beca por un año. Trabajó entonces sobre Descartes, cuyo *Discurso del Método* tradujo del francés.

En un orden un tanto más pragmático, es posible escudriñar entre Láscaris y Bélgica una serie de pequeños puentes que no puedo pasar por alto en el presente contexto. Es una pica en Flandes, con todas las connotaciones que los españoles le pueden dar a esta picaresca expresión. El asunto se relaciona con la Universidad Católica de Lovaina. Respecto de esta última y milenaria ciudad estudiantil, basta leer la historia de la “Maison Saint-Jean”²⁷ para darse cuenta que fue con una señorita alojada allá desde 1947, pero que conoció en París, con la que el maestro se casaría. Se llamaba Galina Slepouchine y era rusa “blanca” refugiada en Bélgica. Era “inteligente y nada fácil”, como la describe Lucien Morren, dueño de este singular alojamiento.²⁸ Para los legos en la materia, la pensión universitaria llamada la “Maison Saint Jean” no era un “bed & breakfast”, sin más. Durante varias décadas fue promotora de integración intercontinental, interprofesional e interconfesional, objetivos con los que comulgaba espiritualmente Láscaris. En ella residieron por ejemplo también Camilo Torres y Ricardo Pasos.²⁹ Entre los costarricenses, allí alojaron además Arnoldo Mora, el citado Gonzá-

lez, Marielos Giralt y Javier Solís, todos filósofos como Láscaris. La joven pareja se casó en 1951 en Madrid, con don Lucien como padrino de bodas de la, desde entonces, Señora de Láscaris. En 1962 se volverían a ver entre todos, esta vez en San José de Costa Rica, siendo Constantino ya el eminente Catedrático que fue en el Campus Rodrigo Facio.

Existen más nexos sutiles entre Bélgica y Costa Rica, pasando por Láscaris. Gracias a él, tantos estudiosos de la filosofía se encaminaron a la vieja Lovaina. Así fue, por ejemplo con el Dr. Carlos Villalobos, quien se doctoró allí.³⁰ Don Constantino fue también un gran amigo del Dr. Guevara, ex-alumno de la Universidad de Bruselas, y de su culta esposa belga, Vivianne Berger.³¹ En otro orden de ideas, tengo para mí que el estudio de Láscaris sobre Edmund Husserl, publicado en la *Revista de la Universidad de Costa Rica* en 1958, se originó en el Fondo husserliano que se encuentra en Lovaina, Bélgica. Definitivamente, el mundo es un pañuelo. Sólo que no conviene confundir la estrechez territorial en que escogió vivir Láscaris con la amplitud mental que siempre y en todas partes lo caracterizó.

Muestra de que, viviendo ya en el intermontano San José, no se olvida de sus reflexiones anteriores, los constituyen por ejemplo los siguientes casos de interferencia triangular entre algún país europeo (veremos: Francia y Alemania), por un lado, y Bélgica y Costa Rica, por otro. A raíz de sus trabajos sobre Descartes surge una interesante polémica con un colega de Lovaina, respecto de las etapas de redacción del *Discurso del Método*.³² Poco más tarde rescata un texto y una carta del joven Jorge Volio Jiménez, estudiante en Lovaina, sobre la filosofía de Kant.³³ Buenos ejemplos de que la república platónica nació en cabeza griega, pero su molde llegó a ser del mundo.

3.5 Una auténtica correa de transmisión de lo clásico occidental

“What’s in a name” se preguntaba Shakespeare, y Láscaris se refiere al “saber del nombre”.³⁴ Por éste y sus dos apellidos, nuestro profesor era

griego de origen, descendiente lejano de los Comenios, emperadores de Bizancio. Pero a este moderno Diógenes tropicalizado, eso, la verdad, le tenía sin cuidado. No se vanagloriaba de títulos ni de riquezas materiales: “Lo peculiar del filósofo frente al hombre afortunado es que prodiga su legado en todo instante”.³⁵ Consta, de paso, que el émulo del estoico del tonel no era precisamente machista. Este andaba buscando un hombre, en el sentido original de varón, en griego. Según cuenta, con la gracia de siempre, el querido Láscaris, por eufemismo después tradujeron aquel “antropos” (varón, en griego) como “hombre”, en sentido genérico.³⁶

Más importante para nuestra tesis aquí, es que don Constantino fue descendiente espiritual de los viejos helenos. Aparte de excelso traductor desde el idioma de Aristóteles y Platón,³⁷ entre nosotros resultó ser una verdadera correa de transmisión del pensamiento clásico. Desde este punto de vista, su filosofía fue una pedagogía, una paidea, y dentro de ella, a la manera socrática, un enseñar a que uno busque la verdad por sí mismo. En *Palabras* (p. 137), señala: “Los investigadores descubrieron que el mejor ambiente para investigar es enseñar a los jóvenes a investigar”. Aplicó aquello en sus clases, como también por una especie de universidad a distancia: sea la televisión, sea los libros.

En realidad, si tuviera que señalar un denominador común a la mayoría de las investigaciones del ilustre forastero, es haber buscado siempre el punto de unión entre lo local y lo occidental: con su impresionante capacidad de síntesis, por lo menos dos de sus libros (*Historia de las Ideas en Centro América y Desarrollo de las ideas en Costa Rica*) pretenden escudriñar en los ensayistas regionales qué los une o diferencia del pensamiento occidental.

Después del inmenso salto físico y mental encima de la perdida Atlántida, Láscaris, nada más llegar a Costa Rica, se pregunta si podrá seguir siendo él mismo: “Dudo que un europeo-en-Europa siga siendo el mismo al ser europeo-en-el-Trópico”.³⁸ A los casi veinte años de su fallecimiento, y con la misma “extrañeza” que él recomienda, observamos que sí pudo ser fiel a su ideal. Para tal propósito, el educador, a lo largo de sus más de dos décadas de enseñanza mantu-

vo la hermenéutica analítica de su propio aprendizaje. Su creencia y confianza en la palabra, creadora de nuevas realidades, las mantuvo hasta su triste final. “Ausente de Europa, tengo sin embargo a Europa conmigo, se reconfortaba al bajar del avión (...) esto es mi bagaje existencial.”³⁹ En esta misma confesión en voz alta señala: “Grecia me está siempre presente, porque perdura en mi ser” (ibidem, 15).

Desde esta perspectiva, nuevamente para uno como filólogo y no filósofo, sorprende que don Constantino recurriera con tanta frecuencia al estudio del mismo lenguaje, español sí, pero grecolatino en su manera de moldearse en forma y contenido. En su metodología explicativa, la etimología tenía un lugar privilegiado. Aunque lo niegue, a cada rato se regocija en el verbo (éste último término en sentido bíblico), porque sí: “si comento esta palabra no es por placer lingüístico; me interesa como depositaria de una estructura conceptual construida por los hombres que la han vivido”.⁴⁰ Los textos del maestro se encuentran repletos de guiones, unas veces para disecar un léxico compuesto (como en representacional, con-sistencia, ...), otras para construir a propósito un neologismo, como cuando se autodefine “des-educador”.⁴¹ No, desde todos estos puntos de vista, Láscaris no era costarricense del montón.

3.6 Lo “universal”, una meta permanente

Hay sin embargo un reflejo nacionalista local que quisiera desenmascarar. Al describir minuciosamente y —conviene decirlo, con amor— al tico en su uso de la carreta, con su “chunche” y tantos otros localismos, Láscaris no lo hace sino en confrontación con la vivencia específica de unos hombres dentro de la especie general que le interesa: el ser humano, la especie compuesta por varones y hembras concretas. Desde este punto de vista, discípulo de los clásicos, aplica el “nihil humanum...”. Conviene sin embargo efectuar una corrección. Al español de marras, además de los productos creados por el hombre, le interesaba sobremanera el humano como tal. Su versión mejorada de aquel adagio latino sería entonces:

“ningún humano me es ajeno”. A estos ticos con los que convivió tantos años los sentía en su dimensión —sus coordenadas temporales, espaciales y verbales— como botón de muestra de lo local vivido, expresión de lo profundo de la especie, más allá de fronteras, de la índole que fuera.

Ahora bien, tuve que poner lo “universal” entre comillas en este encabezado, porque asistimos a una típica proyección del europeo sobre el resto del mundo, partiendo de su peculiar *logos*. A pesar de que Costa Rica puede considerarse como el “extremo Occidente”, Raymond Garaudy le reprocharía a Láscaris que “Occidente es un accidente”. Desde este punto de vista conviene examinar con un granito de sal la declaración amorosa que hace Láscaris a su segunda patria. En *Desarrollo de las ideas en Costa Rica* señala:

Si la humanidad escribe el futuro, no con sangre, sino con el espíritu, Costa Rica, vaticino, contribuirá de manera valiosa al reencuentro, racional y razonable, de los hombres.⁴²

Esta proclama, sólo a primera vista puede interpretarse como una declaración incondicional a favor de esta tierra. En realidad implica una doble confusión de planos; por un lado la realidad versus lo que los anglosajones, tan plásticamente identifican como “wishful thinking”⁴³ y, por otro lado, la humanidad entera confundida con una visión occidental, de entronque clásico en este caso: el “espíritu” no es monopolio occidental. Toda la reflexión sobre *El costarricense* se caracteriza así por la misma tensión entre el *allá* y el *acá*, sustancial también en la obra de Alejo Carpentier. En efecto, entre este autor cubano y el pensador naturalizado costarricense puede verse un significativo paralelismo. Ambos fueron educados en términos europeos, occidentales. Aterrizados por alguna circunstancia al Nuevo Mundo en sendas partes, lo viven intensamente, se integran con alegría, pero no pueden dejar de auscultarlo y describirlo —uno por las letras, otro vía el ensayo— con los lentes de su formación y visión del mundo originarios. Lo occidental y lo universal no son sinónimos.

4. Conclusión: Láscaris en la búsqueda de sí mismo

“Característico del filósofo es buscar la verdad, no el hallarla”, señala el profesor desde 1956.⁴⁴ Sin ser filósofo existencialista, Láscaris sabe haber elegido el camino difícil: el de la vida reflexiva, consciente. En la descripción de su personalidad la última esfera no es entonces necesariamente sinónimo de un séptimo cielo. Pese entonces a este involuntario —y por lo demás inevitable— punto de mira particular y la consecuente generalización distorsionadora, constituye un auténtico bastión de pensamiento propio. Su núcleo, el séptimo círculo, representa *in nuce* al intelectual que fue Láscaris. Fue como un Tántalo moderno, en permanente tortura angustiante, la busca de su yo profundo. Aquel no es sino el resultado, por acumulación de años y por vivencia espacial, de los seis círculos concéntricos anteriores. He ordenado estos ámbitos de reflexión y de influencia en un eje geográfico desde lo local costarricense hacia afuera, como las olas generadas por una piedra tirada en el estanque; pero igual se pueden descodificar desde lo externo hacia lo interno. El Láscaris de carne y hueso era una simbiosis de todas esas interferencias. Como siempre, él lo toma con un tono irónico. En su autopercepción señala:

El Doctor Constantino Láscaris es griego de origen, costarricense por naturalización, español de formación, chipriota de nacionalidad, turco de repulsión y, para muchos, habla en chino.⁴⁵

Me parece convincente esta definición. Algo tiene de la ciudadanía del mundo que proclamaban sus viejos amigos estoicos y Séneca, su lejano pariente español. Algo tiene aquello también del “patriotismo universal” defendido por Ignacio Lepp.⁴⁶

Por lo anterior, Láscaris era exactamente el prototipo del sembrador que hace falta en una escuela con vocación de formación humana. Docente con destacada preparación, con más de un título de su especialidad bajo el brazo, en la teoría de Rodrigo Facio fue, precisamente por ello, uno de los mejores llamados a ser profesor en este tipo de

unidad académica, porque su conocimiento específico desbordaba constantemente hacia lo esencial, lo "general" de los Estudios Generales bien entendidos. Es la teoría del rebalse del vaso, en términos humanísticos, sin ribetes neoliberales. Dentro y fuera del aula, en la calle como en la pantalla chica, Láscaris fue la realización práctica del ideal citado. Es más, se habría atrevido a corregir la metáfora de Facio: no basta con "mirar el huerto del vecino", hay que procurar que todo sea un solo huerto del hombre, la especie humana. Por eso el aragonés fue también otro soporte teórico del cartaginés, al contribuir a la reflexión sobre la idea del humanismo en la universidad: hay que releer su aporte a la Teoría de los Estudios Generales.⁴⁷

He hecho un diagnóstico del gran pensador "costarricense" a partir de un "TAC" cerebral, ya no con fines médicos, sino con propósitos interpretativos de su identidad. Quizá habría sido mejor presentarlo con la metáfora del caracol, simpático animalito que lleva todos sus círculos a cuestas. En el caso del filósofo, son su habitat espiritual. En esta misma línea que caracteriza tanto al siempre joven profesor Constantino lo decía Cicerón: "soy ciudadano del mundo y llevo mi equipaje (es decir: mi cultura) conmigo (entiéndase: en mi cabeza). De verdad, Láscaris era de la Patria grande, la del mundo.

Notas

1. Cuenta de sí mismo que precisamente uno de los aspectos que lo llevaron a vivir en forma permanente por estas latitudes, fue sentirse a gusto en un pueblo pequeño y con estilo de convivencia todavía muy rural. (Ver en la introducción a su libro *El costarricense*, p. 8 de la edición de EDUCA, 1975).

2. A Láscaris el teatro no le era indiferente, como lo demuestra, por ejemplo, su excelente ensayo "Teoría de la farsa", en *Palabras*, Editorial Costa Rica, San José, 1976, pp. 23-31. Él era como un personaje sacado de una obra de su coterráneo -otro desadaptado social, bonachón y mal vestido- de nombre igualmente rimbombante como Ramón María del Valle Inclán. Sólo que el profesor era una mezcla de Montenegro y Latino (Ver: *Luces de Bohemia*).

3. En ese entonces, la citada soda formaba parte integral de la Ciudad universitaria, por lo menos men-

talmente, para todos nosotros. En su estupenda introducción a *Cien casos perdidos*, libro de Láscaris (Edit. UACA, 1982), Guido Fernández subraya este mismo aspecto y que el profesor poco menos que exigía que estas horas "especiales" le fuesen contabilizadas dentro de su tiempo de "atención a los alumnos".

4. Referencia a dos matutinos todavía existentes en Costa Rica.

5. Ver en la *Revista de Filosofía*, Universidad de Costa Rica, vol. VI, julio-diciembre 1967.

6. Ver la cita primera, donde curiosamente se repite hasta el mismo vocablo revelador de "convivencia".

7. En sus trabajos (entre otros *Palabras* y *Cien casos perdidos*) constan varias alusiones a lo existencial de su nacimiento, en la línea de "dicen que nació hace tantos años, en Zaragoza, no lo sé, me lo contar...". Por su biografía, demasiado corta por lo intenso y descuidado en el vivir, ciertamente no era ningún longevo secoya. Me señaló el Dr. Sergio Guevara que su gran amigo Láscaris un día le dijo no querer vivir más allá de los cincuenta. No es que le tenía miedo a la muerte, sino al envejecimiento, a la progresiva decadencia intelectual. En el entretanto aprovechaba la vida en bocanadas grandes, tanto de día, en la conversación y la clase, como de noche, en el intenso trabajo. Era un intelectual "cien por ciento".

8. Ver *El costarricense*, p. 8.

9. Ver en la introducción, de mano del mismo autor.

10. Según consta en sus escritos y por muchos detalles, Láscaris vivía "al día". En su expediente personal en la Universidad consta una batalla suya contra los reglamentos para poder acumular varias vacaciones y permisos con tal de estar un tiempo más en España, para compensar la tremenda inversión del viaje.

11. El Dr. Guevara me recalca que en Láscaris prevalecía una idea de identidad como la del espejo: uno encuentra en él lo que quiere observar. Y el filósofo se acomodaba a la imagen de él que los otros querían ver en él, me señala Don Sergio. El Constantino íntimo era diferente del público.

12. *La Patria del tico*, Ed. Logos, 1995, Costa Rica, p. 144-146.

13. Utilizo la segunda edición de Educa, de 1982.

14. Publicado post mortem en la *Revista de Filosofía* de la UCR, como número monográfico, XXX-VII, n° 65, 276 páginas.

15. Ver en su recopilación *Palabras, op. cit.*, pp. 63-83.

16. Ver por ejemplo ibidem, p. 30.

17. Ver específicamente entre páginas 137 y 144.

18. Ver por ejemplo también "Un visado centroamericano", en *Artes y Letras*, n° 11, p. 41 (cit. en *El costarricense*, p. 130). Isaac Felipe Azofeifa atacó fuertemente este sentimiento umbilical en su magistral ensayo "La isla que somos".

19. La biografía de don Abelardo por Láscaris se publicó por el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes en San José, en 1973. El profesor Bonilla tenía muchos vínculos con El Salvador y su estudio sobre *América y el pensamiento poético de Rubén Darío* (Editorial Costa Rica, 1967) resulta todavía de valor.

20. He tenido el privilegio de conocer bastante de cerca a ambos europeos durante varios años y me resulta evidente que el italiano está tras más de una información para el español, por ejemplo en relación con la Colección Somoza y la impresionante bibliografía centroamericana que logró reunir Cerutti (ahora en la Biblioteca de la Universidad de Yale).

21. En *Palabras*, 1969, p. 75.

22. Por la falta de perspectiva que revela, es grave confundir esta céntrica avenida de San José, Costa Rica con la *Fifth Avenue* neoyorquina o con *Les Champs Elysées*, en París. Láscaris fue también por poco tiempo Profesor invitado en Puerto Rico. Allí también se siente a gusto y expresa su gratitud por la convivencia.

23. Con razón, uno de los primeros artículos de Láscaris en tierras costarricenses es un reconocimiento como discípulo: "Menéndez y Pelayo: historiador de la filosofía, *Revista de la Universidad de Costa Rica*, n° 15, junio 1957. Otro maestro de Don Constantino lo constituye Luis Felipe González. En el prólogo a la re-edición de la *Historia de la influencia extranjera...*, el español reconoce su deuda con el herediano, en el enfoque metodológico y hasta en el título de la que sería *Desarrollo de las ideas...*

24. Ver en Acta Académica, de la UACA, octubre 1992, n° 11, pp. 15-24, la reconstrucción de esta ponencia, de mano de Miguel Guzmán Stein, a quien de paso agradezco sus observaciones.

25. *Cien casos perdidos*, p. 26. En cambio, en el estudio mencionado sobre Bartolomé de Las Casas confiesa tener poca simpatía por Inglaterra. Me señala el Dr. Guevara que incluso en relación con la cultura francesa, Láscaris era muy selectivo: tomaba lo que le servía.

26. Editado junto con *Génesis del Discurso del Método* (primera edición en Madrid, 1956), en la Universidad de Costa Rica, en 1961. Educa ofrece en 1996 una linda decimoprimer edición. A Láscaris se le podría por de pronto aplicar la receta que pregonaba el mismo Descartes: para conocer el hombre, éste recomienda estudiar el "libro del mundo", viajando, alejándose

en distancia esclarecedora, ... lo cual logré mucho mejor, me parece, que si nunca me hubiese alejado, ni de mi país, ni de mis libros". (edición recién citada, p. 25).

27. El papel que desempeñó esta casa de estudios fue un poco como la Residencia de Estudiantes, en el Madrid de los años veinte y principios de los treinta. Esta era un auténtico crisol de culturas, de donde salieron Lorca, Buñuel, Dalí y tantos otros destacadas personalidades de la agitación artística e intelectual española.

28. Hélène y Lucien Morren, *Maison Saint-Jean*, reseña histórica de esta casa de estudios en Lovaina, sin editor, 1990, 76 páginas.

29. El primero, colombiano, es bien conocido por su actuación guerrillera dentro de una senda cristiana; el segundo es nicaragüense, Profesor actual de la UCA y autor de varias novelas históricas, entre otras.

30. En la última conversación que tuve con el entrañable compañero, a quien dedico estas líneas, me contó precisamente que Láscaris, a sabiendas de las penurias en que éste se encontraba por razones familiares, se caracterizó por otro gesto voltairiano al postergar *ex profeso* el cierre de la convocatoria a becas, cosa de permitir que participara Villalobos. Se trata de circunstancias que sólo algún pusilánime podría llamar extra-reglamentarias.

31. Don Constantino llegó primero donde los Guevara por amigos comunes. Le gustaba darse una escapada, a cualquier hora, por ejemplo al Salón París (recién demolido), en Cartago. A Constantino de seguro le habría encantado el epitafio universal, a partir de una canción de Jacques Brel, que figura en la tumba de Doña Viviana, en Montesacro.

32. En la *Revista de Filosofía* de la UCR (I, 2, jul.-dic. 1957, pp. 149-151) rompe una lanza a favor de su tesis sobre Descartes, en contra de Elie Denissoff que se mostró en desacuerdo con él en las páginas de la *Revue de Philosophie* de Lovaina, Bélgica (V, 1956, pp. 254-282 y XI, 1956, pp. 630-1).

33. Se trata de "El problema central de la filosofía en el kantismo", de Volio, publicado en *Revista de Filosofía* de la UCR (I, 3, enero-junio 1958, pp. 263-276).

34. *Palabras*, p. 10.

35. *Palabras*, p. 13.

36. Ver en *Cien casos perdidos*, en un relato netamente periodístico.

37. En Costa Rica tradujo *Sobre la naturaleza*, de Parmenides, 1975.

38. En "Mi primer testamento", en *Revista de Filosofía* de la UCR, I, n° 1, enero-junio 1957. pp. 19-26. Reproducido en *Palabras*, p. 10.

39. En el mismo "testamento" de la nota anterior. En *Palabras*, p. 14.

40. En *Palabras*, p. 20.

41. *Ibidem*, p. 80. El autor se refería por supuesto a la etimología de la palabra, tan dirigista, cuando en cambio él apenas si se atrevía a insinuar, a orientar, para que el estudiante escogiera el camino que más le conviniera.

42. En *Desarrollo...*, p. 8. La misma frase se encuentra en letra de molde en la "Plaza Constantino Láscaris", de la Universidad Nacional, en Heredia.

43. Aunque, definitivamente, después de la definición de los Lores ingleses, en contra de Pinochet, vuelve a surgir la esperanza de que el espíritu, ese mismo que animó a René Cassin y otros con la Declaración Universal de los Derechos Humanos, hoy hace exactamente cincuenta años, se puede progresar hasta transformarlo en real instrumento de poder.

44. Ver en *Palabras*, p. 13.

45. Citado por el mismo Láscaris, en su introducción a *Cien casos perdidos*, p. 12.

46. En Jaime González, ob. citada, p. 145, a partir del estudio de Lepp, *La nueva moral*, Ed. Carlos Lohlé, México-Buenos Aires, 1964. Es interesante mencionar aquí que Lepp era discípulo de Emmanuel Mounier, uno de los grandes constructores de la idea de Europa, en su versión última, más allá de las nacionalidades tipo reductos de intolerancia respecto de la otra nacionalidad, hasta 1945, en Europa.

47. Ver "Teoría de los Estudios Generales", selección e introducción por Constantino Láscaris, en *Revista de Filosofía* de la Universidad de Costa Rica, vol. II, n° 5, enero-junio 1959, pp. 89-90.

Fuentes

1. Entre los principales trabajos de Constantino Láscaris, consultados, cito:

_____ "Elogio del nacionalismo o la isla del amor y la guerra", en *Revista de Filosofía*, Universidad de Costa Rica, vol. VI, julio-diciembre 1967, pp. 129-148.

_____ *Cien casos perdidos*, Edit. Studium, UACA, San José, 1980 (con introducción de Guido Fernández).

_____ *Desarrollo de las ideas filosóficas en Costa Rica*, Editorial Studium, UACA, San José, Costa Rica, 1983, 515 páginas.

_____ *El costarricense*, Educa, San José, Costa Rica, 1975, 477 páginas.

_____ *Historia de las ideas en Centroamérica*, Educa, San José, Costa Rica, Segunda edición 1982, 485 páginas.

_____ *Las ideas en Centro América* (1938-1970), *Revista de Filosofía* de la UCR, número monográfico, XXXVII, n° 65, 276 páginas.

_____ *Palabras*, Editorial Costa Rica, San José, 1976.

2. Otras principales fuentes escritas implícitas:

González Dobles, Jaime: *La Patria del tico*, Coedición Logos y Antares, San José, 1995, 188 págs.

Mora, Arnoldo, *La identidad nacional en la filosofía costarricense*, Editorial Universitaria Centroamericana, San José, 1997.

3. Fuentes varias:

El expediente personal don Constantino en la Universidad de Costa Rica.

Conversaciones diversas con el Dr. Sergio Guevara, con Miguel Guzmán, Ana Lucía López, Roy Ramírez, etc.